

De Senectute

Reflexión sobre la ancianidad, Cicerón

Cristóbal Joannon

Antes de comentar el libro, quisiera referirme brevemente a la calidad del trabajo que ha hecho el profesor Óscar Velásquez. Esta calidad es extensible a otras traducciones que ha realizado de obras clásicas: el *Alcibíades*, el *Timeo* y el *Banquete* de Platón, las *Nubes* de Aristófanes, *La Constitución de los Atenienses* de Pseudo-Jenofonte, por nombrar sólo algunas. Son trabajos de primer orden: traducciones de alto nivel acompañadas de notas razonablemente eruditas, con introducciones que llevan el sello del clasicista. Por clasicista me refiero a algo más amplio que al especialista en filología clásica: se trata de una persona con conocimientos rigurosos de ambas lenguas, por cierto, pero que también sabe de la historia de Grecia y Roma, de su literatura y de su filosofía. Esta integración, que demora toda una vida de arduo estudio, es lo que constituye a un clasicista.

Cuenta el profesor Velásquez que le demandó unas 100 horas establecer el texto latino de *De senectute*, a partir de dos ediciones críticas –una de Oxford y otra de *Les Belles Lettres*– versus las 1.800 horas que le tomó hacer su propia edición crítica del *Alcibíades* de Platón. El procedimiento tiene un parentesco: allí donde examinó una serie de códices capitales para establecer el texto de Platón –manuscritos medievales que no serían copias de otras copias–, para el caso de Cicerón trabajó con dos textos fijados por filólogos modernos como si fueran códices antiguos para establecer un nuevo texto latino. Entiendo que esta manera de proceder *intermedia* es nueva. Sólo prescinde de los fatigosos conocimientos paleográficos que tuvo que aplicar sobre el *Alcibíades*.

La vejez en la Antigüedad

En el mundo grecolatino se consideraba que alguien había llegado a la ancianidad cuando cumplía alrededor de 60 años. No era un límite estricto ya que no existía algo así como una edad para jubilarse o tener descuentos al usar el transporte público. La gente, por otra parte, no tenía siempre muy clara su edad: en las tumbas romanas, por ejemplo, se solía agregar la expresión PM (*Plus Minus*), es decir “más o menos”, cuando se indicaba a qué edad había muerto quien ahí estaba enterrado.

Los pensadores dividieron las edades del hombre de diferentes maneras. Los pitagóricos identificaron cuatro edades y los hipocráticos siete (cada una era de siete años). Por razones prácticas es probable que el ciudadano común las haya dividido simplemente en tres: *niñez*, *juventud* (la cual incluye nuestra *madurez*) y *ancianidad*. Se calcula que sólo un 7% de la población alcanzaba los 60 años, menos de un 1% los 80 y unas pocas personas llegaban a los cien.

No hay un acuerdo entre los autores sobre si la ancianidad era un periodo positivo o negativo. Era motivo de mofa en las comedias de Aristófanes (por ejemplo hay ancianas libidinosas y buenas para el trago) y de ácidas críticas en Juvenal. Un personaje de una comedia de Terencio dice, con todas sus letras, que “la vejez era ella misma una enfermedad”. Pero encontramos también versiones favorables en Platón (pensemos en Céfalo al comienzo del diálogo *República*) y en un remoto seguidor de Epicuro, Diógenes de Enoanda, quien la compara con los elefantes: un poco torpes, sí, pero sabios y serenos.

El paso de los años en el mundo antiguo no otorgaba automáticamente poder, con excepción de la *gerousia* en Esparta (consejo político compuesto por 28 hombres que ya hubieran cumplido los 60 años, a los que se sumaban dos reyes). En efecto, en Atenas la edad no se traducía en ninguna forma de autoridad y en Roma los emperadores podían ser jóvenes o viejos, y los senadores rondaban los 40 y 50 años.

En las clases menos acomodadas la vejez entrañaba dificultades para los más jóvenes, pues debían hacerse cargo de los ancianos. Dicho sea entre paréntesis, se ha afirmado que esta era una buena razón para tener hijos; sin ese apoyo las cosas podían volverse muy complicadas. Un estudio de esqueletos en el cementerio romano-británico de Cirencester, a 150 kilómetros de Londres, indica que el 80% de la población padecía osteoporosis.

Como plantea T.G. Parkin, en la antigüedad grecolatina la vejez no era *per se* un problema, como pareciera serlo hoy. En el ciclo de la vida de una persona no era un periodo diferenciado (era simplemente parte del curso natural de la adultez), pues la gente hacía lo que siempre había hecho hasta que ya no estaba en condiciones de seguir haciéndolo. Como dice Cicerón en otra obra, las *Filípicas*: “Nada hay que esté siempre en flor; una edad sigue a la otra”. La clave parecía consistir no en ser anciano o no serlo, sino en cuán activo y útil podías ser.

Contrapunto negativo

El escrito de Cicerón *De senectute* es uno de los textos clásicos más importantes sobre el tema. Compite en fama con aquel pasaje de la *Retórica* de Aristóteles en que se describe el carácter de los ancianos. Salvo unos pocos elementos comunes, se encuentra en las antípodas de Cicerón. Para apreciar mejor a este último autor creo que puede ser provechoso tener a la vista lo que dice el preceptor de Alejandro Magno. Los contrastes suelen tener efectos clarificadores.

Dice Aristóteles que los ancianos “por haber vivido muchos años ya, por haber sido engañados en la mayor parte de las ocasiones y haber cometido errores, y también porque la mayoría de sus cosas carecen de valor, en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeño de lo que deben”. Agrega que “nada saben de cierto; cuando discuten añaden siempre: *posiblemente y tal vez*”. Estas marcas discursivas serían fruto de la experiencia, y la experiencia también sería el origen de su talante desconfiado. Dice Aristóteles que los ancianos “tienen mal carácter” ya que “el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor”, de ahí que sean también pesimistas. “Asimismo son de espíritu pequeño por haber sido ya maltratados por la vida y, por ello, no desean cosas grandes ni extraordinarias, sino lo imprescindible para vivir. Son también mezquinos porque la hacienda es una de las cosas necesarias y por experiencia saben que es difícil adquirirla y fácil perderla”. La descripción sigue. “Son cobardes y propensos al miedo” [ya que son fríos, a diferencias de los jóvenes, que son calientes]. “Son más egoístas de lo que es debido, lo cual es, también, desde luego, una suerte de pequeñez de espíritu” (en la *Ética a Nicómaco* él dice que la pequeñez de espíritu es propia de aquel que “siendo digno de cosas buenas, se priva a sí mismo de lo que merece; y parece tener algún vicio por el hecho de que no se cree merecedor de esos bienes y no se conoce a sí mismo”). Y agrega algo terrible: “Viven más de lo que se debe, mirando la convivencia en lugar de lo bello” (la conveniencia sería un bien para uno mismo, no así lo bello). Esta sería la razón de por qué lo ancianos desprecian la opinión pública y son desvergonzados antes que pudorosos.

Sigue el filósofo. Los ancianos “viven más para el recuerdo que para la esperanza, pues es poco lo que les queda de vida y, en cambio, es mucho lo vivido y, por su parte, la esperanza reside en el futuro, mientras que el recuerdo se asienta en el pasado”. Termina diciendo que son “quejumbrosos y no tienen buen humor ni gozan con la risa”.

A la luz de esto podemos leer a Teofrasto, discípulo de Aristóteles, quien sigue de cerca a su maestro cuando declara en su libro *Caracteres* que “el afán tardío de educación parece ser un esfuerzo de aprendizaje impropio de la edad”. Esto recuerdo aquellos versos más bien tardíos de Nicanor Parra:

Qué gana un viejo con hacer gimnasia
Qué ganará con hablar por teléfono
Qué ganará con hacerse famoso
Qué gana un viejo con mirarse al espejo

Nada
Hundirse cada vez más en el fango

De senectute: una esperanza

Allí donde Aristóteles observa que la ancianidad es un período de la vida en el que no cabe tener mayor esperanza, el diálogo de Cicerón es una invitación a verla de otro modo: la esperanza es posible y por lo tanto deseable. Cicerón se ubica en la vereda opuesta a la de Aristóteles. No es el único, por cierto.

Veamos qué dice Diógenes de Sínope:

¿Renunciar a la filosofía porque soy viejo? –se pregunta.
Es al llegar a la meta cuando aceleras más.

Afirma Epicuro en la *Carta a Meneceo*:

Han de filosofar tanto el joven como el viejo; uno, para que, envejeciendo, se rejuvenezca en bienes por la gratitud de los acontecidos, el otro, para que, joven, sea al mismo tiempo anciano por la ausencia de temor ante lo venidero.

Dice también Epicuro en una de sus *Sentencias vaticanas* [17]:

No es el joven el más venturoso, sino el viejo que ha vivido bien; pues el joven, pletórico en su cima, se extravía, alterado su pensamiento por causa de la suerte; mientras que el viejo, en su vejez, ha anclado, como en un puerto, aquellos bienes que antes había esperado inciertamente, resguardándolos por el medio seguro de la gratitud.

Con estas citas podemos construimos la figura de un anciano que aún está en condiciones de aprender –hay buenos argumentos para hacerlo– y que tiene a su vez razones para estar agradecido, siempre y cuando haya vivido bien, esto es, que su existencia haya sido acorde a la práctica de la virtud, pues sólo eso permanece [cf. p. 105]. Como lo recordará tantas veces Séneca en sus *Epístolas a Lucilio*, lo relevante no es cuánto tiempo vivimos, sino cómo lo hacemos. Me pregunto yo: ¿acaso no nos parecen casi eternos los días felices?

Lo que debe ser evitado no es la vejez, dice Cicerón, sino una “vejez necia”.¹ No hay nada de malo en el hecho de ser anciano, salvo, claro, los achaques naturales de esa edad, pero lo que es natural no puede ser malo. Dice nuestro autor, a propósito de una anécdota del sofista Gorgias, que llegó hasta los 104 años: “La gente insensata hace recaer sobre la vejez sus propios defectos, su propia culpa”.² El esfuerzo filosófico de Cicerón consiste en despejar las críticas injustas que se le hacen a la vejez. Como bien explicó María Eugenia, son fundamentalmente cuatro: nos aparta de las actividades profesionales, vuelve al cuerpo más enfermizo, nos priva de casi todas las experiencias placenteras y es cercana a la muerte.

La tesis de fondo de Cicerón me parece que es esta: la ancianidad “comienza” mucho antes de lo que la gente suele pensar. Cito: “Una adolescencia disipada e inmoderada entrega un cuerpo acabado a la vejez”.³ La ancianidad debería ser un tiempo de calma para “vivir con uno mismo”.⁴ Aquí podemos observar el componente estoico de Cicerón: las pasiones –la búsqueda del placer, las ambiciones, las rivalidades, etcétera– nos sacan de nosotros mismos. En la vejez podemos descansar de ese “servicio militar”, como él le llama. Este tiempo de sabiduría, afirma nuestro autor, se parece mucho a las agradables tareas de los agricultores. He aquí el tópico de cultivar un jardín –que no será para uno, finalmente, sino para los que vendrán. Hay mucha belleza en ese gesto generoso. Él duda que haciendo alguien “pueda encontrar una vida más feliz”.⁵ Estaríamos ante un tiempo de calma y sencillez, pues la ancianidad puede prescindir de muchas cosas.⁶

Cicerón está en las antípodas de Aristóteles. La siguiente cita me parece que es una refutación directa de lo que plantea el estagirita en la *Retórica*: “Se dirá que los ancianos son malhumorados e inquietos, irascibles e intratables, incluso avaros. Pero esto son defectos del carácter, no de la vejez”.⁷

¿Qué tiene el anciano que no tenga el joven? Sobre todo experiencia. Por eso puede ser un gran educador, por eso puede aportar en aquello en que es irremplazable. La pregunta es si esto sigue siendo así, pues si lo que está en crisis hoy –entre tantas cosas que están en crisis– es la naturaleza misma de la experiencia, entonces la vejez del futuro distará bastante de cómo nos la presenta Cicerón. Esta reflexión la hago a partir de lo que le dijo Woody Allen a un periodista al cumplir los ochenta años: “No soy más sabio; me sigo angustiando por lo mismo que me angustiaba cuando era joven”.

La desoladora imagen de un conjunto de ancianos abandonados en un asilo viendo todo el día televisión –estando bien de la cabeza, como suele decirse– es ya parte del paisaje social. Tal vez han sido abandonados por sus familiares, pero también puede ser que ellos se

¹ Oscar Velásquez (2017) 33. *La Ancianidad Marco Tulio Cicerón*. Santiago de Chile: Lom, p. 37.

² *Ibid.*, p. 49.

³ *Ibid.*, p. 63.

⁴ *Ibid.*, p. 83.

⁵ *Ibid.*, p. 93.

⁶ Confróntese *ibid.*, p. 95.

⁷ *Ibid.*, p. 101.

hayan abandonado a sí mismos, esto es, que no hayan cultivado su espíritu y por lo tanto al final del camino no tengan nada que ofrecer. No quiero decir que sean vidas perdidas, pero sí vidas en que la experiencia no caló, vidas en que la experiencia pareciera no haber actuado. No es lo mismo visitar a un anciano por razones afectivas a que él sea parte de la sociedad porque tiene un lugar insustituible en ella.

Si vamos a tomarnos en serio lo que dice Cicerón en este libro esencial, debemos comenzar a aplicarlo sin demora.